

III

TRANVÍA

EDITORIAL PRE-TEXTOS

[Entramado de canales de la ciudad de Ámsterdam. Edificios apiñados entre la bahía del IJ y el río Amstel. Cruce de tranvías. Contacto de las antenas con la catenaria en suspensión. Chispas de electricidad. Ferrocarril que circula sobre raíl de garganta.]

[Jan van der Spyck, rigurosa nariz de azor, delgada y corva. Rostro radiante de arrugas, taimado y astuto. Mirada burlesca, ojos audaces, cara ahuecada por profundas cavidades. Ágil en sus movimientos y femenino en su delgadez. Cuerpo enjuto, mustia la piel y pelo cano. Porta americana raída y bufanda de punto. Edad: indefinida. Habla con una media sonrisa, apoyado en una ventana, junto al espejo retrovisor.]

JAN VAN DER SPYCK: Valiente, decidida y misericordiosa: Ámsterdam. Fundada en el siglo XII, hoy centro financiero y cultural internacional. Población: setecientas cincuenta mil almas. Refugio de excéntricos, tierra de marinos y mercaderes, célebre por sus pintores y su tolerancia al cáñamo.

[Tras la ventana desfilan edificios, canales, mercados ambulantes, bicicletas. Juventud jubilosa aborda el tranvía.]

”[Entre empujones.] Es de lamentar que aquel que tanto había progresado en el conocimiento de la verdad y tanta habilidad había adquirido en avanzar hacia ella, fuera arrebatado por una muerte tan prematura e intempestiva. Desde muy joven padeció una enfermedad pulmonar que lo obli-

gaba a guardar una moderación mayor de la habitual en la comida y la bebida. Ninguno de los que convivíamos con él teníamos la menor idea de que su fin estaba tan próximo y que la muerte le sobrevendría tan rápidamente. Sospecho, sin embargo, que él sí lo sabía, y que la preparó a conveniencia. El sábado 22 de febrero de 1677, nos fuimos toda la familia a la predicación preparatoria, porque al día siguiente, por ser domingo anterior al Carnaval, en nuestra iglesia luterana se daba la comunión. A las cuatro de la tarde regresamos a casa. Spinoza bajó de la habitación y conversamos junto al fuego durante un buen rato mientras fumaba su pipa. Se fue pronto a la cama. Al día siguiente, desayunó con toda la familia, y encargó a mi madre que comprara un gallo viejo y que lo cocieran aquella misma mañana a fin de que a mediodía pudiera tomar su caldo. Después de comerlo con apetito, nos fuimos de nuevo a la iglesia. Al regresar había muerto. Meyer nos confirmó lo que todos intuíamos: que había exhalado plácidamente su último aliento. Si tal género de muerte puede corresponder a un ateo, se ha discutido vehementemente entre los teólogos...

”El dramaturgo zarpó aquella misma tarde hacia Ámsterdam, llevándose un ducado de oro, unas monedas y un cuchillo con el mango de plata que había sobre la mesita de noche. Algunos dijeron después que Spinoza se había provisto de adormidera y que la utilizó al ver acercarse la muerte. Nada más falso.

[Cae el paraguas de una señora que viaja junto a Jan van der Spyck. Raudo se agacha y se lo entrega con una inclinación de cabeza.]

”Yo mismo me encargaba de hacerle los mandados y nunca me pidió semejante planta ni otros opiáceos de la botica.

”El cantor de nuestra iglesia luterana, que era buen carpintero, fabricó el ataúd. El 25 de febrero fue llevado a enterrar en la Nueva Iglesia, junto al río Spuy, seguido de seis carrozas y acompañado de numerosas personalidades ilustres. Mi padre se encargó de los preparativos, mientras que Jan Rieuwertsz, librero de Ámsterdam, se hizo cargo de los gastos.

[Sentado en banco lateral de tranvía, entre una anciana con cofia y vestido tradicional frisio y un marino barbado atravesado de cicatrices.]

”He leído a muchos filósofos y me atrevo a asegurar que no hay otro que dé ideas más hermosas sobre la divinidad que las que nos dejó Spinoza. Cuanto más conocemos a Dios, más dueños somos de nuestras pasiones; en ese conocimiento es donde se halla la perfecta quietud del espíritu y el verdadero amor de Dios, y en ese conocimiento consiste nuestra salvación, que es la felicidad y la libertad. La libertad no es algo que se pueda otorgar, solía decir, la libertad es algo que hay que conquistar y quienes dicen dar la libertad a otros, mienten. Pero no es cosa de hoy el que esa verdad cueste cara. Caminemos pues sus pasos, es lo que yo me atrevería a aconsejar a las almas fuertes.

[Sonríe. Tira de un cordel y suena una campanilla. La mujer y el marino se levantan y bajan del tranvía.]